

Lisa de los Paraguas

(15 cuentos para chicos-chicos)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de O'Kif





www.loqueleo.santillana.com

© 1986, ELSA BORNEMANN

c/o GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA

www.schavelzongraham.com

© 1997, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4407-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: O'KIF

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Bornemann, Elsa Isabel

Lisa de los Paraguas / Elsa Isabel Bornemann ; ilustrado por O'Kif. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

168 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4407-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. O'Kif, illus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Lisa de los Paraguas

(15 cuentos para chicos-chicos)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de O'Kif

loquele_o

*A René, dulcísima pequeña amiga
de cuatro patas y colita rabona, con la que
correteamos juntas tantos domingos
de sol y plaza.*

CARTA EXCLUSIVA
PARA LOS CHICOS-CHICOS

Mis queridos chicos-chicos:

¡Hola! ¡Qué buena suerte que tengo!

¡Vuelvo a encontrarlos!

¿Cómo andan, amorcitos?

¡Más alto, por favor, que no oigo lo que desean decirme!

Ah... me están preguntando qué significa chicos-chicos... porque... ¿acaso todos los chicos no son chicos?

Les cuento, ¿sí?

Para mí, existen seis clases de chicos. Les explico:

1.^a, los chicos-chiquititos, que son los bebés...

2.^a, los chicos-chiquitos, aquellos que rondan alrededor de los tres y cinco años...

3.^a, los chicos-chicos –ustedes–, que están aprendiendo a leer y a escribir, aunque

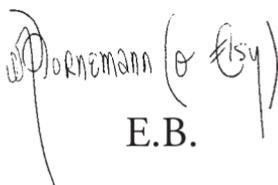
todavía les cueste un poco hacerlo sin ayuda de los mayores...

4.^a, los chicos grandes, esos de tantos como diez, once o doce años...

5.^a, los chicos que ya no quieren serlo, esos “viejitos” de trece o catorce en adelante y a los que llamamos adolescentes...

...y 6.^a —y finalmente—, los chicos que parecen adultos, grupo en el que me incluyo y que está formado por todos los grandulones y grandulonas como yo, que seguimos siendo las mismas criaturas que fuimos, a pesar de que los almanaques aseguren que eso no es posible y uno trabaje como pintor... otra como dentista... alguno como ingeniero... músico... relojero... y otra como modista... actriz... maestra de escuela... o escritora...

Ya los dejo en compañía del libro y me despido con una lluvia —que no moja— de besos de colores.

 Kornemann (e Ely)
E.B.

LISA DE LOS PARAGUAS

La llamaban “Lisa de los Paraguas” porque los días de lluvia se escapaba detrás de la primera persona que pasara por la puerta de su casa bajo un paraguas. Era inútil que su mamá la retara cuando volvía —empapada y feliz— con su largo pelo rojo pegado a la cara. O que el doctor le dijera, señalándola enojado con el dedo índice:

—Lisa, no debes hacer eso. Si te gusta tanto la lluvia, tienes que mirarla caer sentada detrás de una ventana. Vas a enfermarte si sigues mojándote así.

Pero Lisa no hacía caso. En cuanto el cielo era una enorme gotera sobre la ciudad, ella corría a la vereda y seguía al primero que pasara con paraguas.

Su papá decía, acariciándole la cabeza antes de dormir:

—Lisa debe de tener los ojos grises de tanto mirar la lluvia... —y ella sonreía, dejando ver la hilera de sus dientes nuevos, aún con “puntillas”. Una mañana, Lisa estaba en el balconcito de su casa, tocando la guitarra. Su mamá cosía en la sala, junto a la lámpara.

—Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Si... Si, La, Sol, Fa, Mi, Re, Do... —repetía la niña una y otra vez.

Cuando Lisa ya estaba por terminar para ir a jugar con sus muñecos, una gotita resbaló sobre la guitarra. Y luego dos, tres, cinco, diez, cuarenta, cien gotitas...

Al rato nomás, una llovizna transparente caía sobre la mañana. Lisa guardó su guitarra y volvió al balcón, encantada. De pronto, un cartero en bicicleta dobló la esquina. Pedaleaba despacio, cargando su carterón sobre la espalda y llevando un gran paraguas negro. Lisa se asomó por el balcón todo lo que pudo y lo chistó. El cartero frenó con los pies y

miró para atrás y hacia ambos lados, hasta que vio a Lisa haciéndole señas con un pañuelo.

—¿Me llamabas? —le preguntó.

—Sí, señor, acérquese, por favor...

El cartero pedaleó hasta colocarse debajo del balcón de Lisa, justo cuando la niña se estaba descolgando por los barrotes hasta quedar con las piernas en el aire.

—¿Qué haces? ¡Cuidado! ¡Vas a caerte!
—gritó el hombre, asustado.

—No tenga miedo... Ya lo hice muchas veces. Este balconcito es muy bajo y puedo estar en la vereda con un salto. ¿Ve? —y Lisa saltó. Claro. Podía hacerlo porque ese balcón era realmente bajo.

Apenas si se elevaba medio metro sobre la vereda.

—¿Me lleva a dar una vuelta bajo su paraguas? —preguntó Lisa.

—No, nena. No puedo. Tengo que trabajar.

—Sea bueno... Lléveme un ratito... Puedo ayudarlo a repartir las cartas...

A los dos segundos, Lisa ya estaba sentada en el caño de la bicicleta, sujetando el paraguas. Durante el trayecto, vio cómo el cartero iba entregando los sobres, algunos con raras estampillas de países lejanos. En ciertas casas lo recibían sonriendo: seguramente estaban esperando esa carta, que traía buenas noticias. En otras —en cambio— apenas si le decían un seco “gracias” (el cartero le explicaba entonces a Lisa que a nadie le gusta recibir cuentas para pagar...). Cuando ninguno acudía a su llamado, el cartero arrojaba la carta por debajo de la puerta y partía ligero.

Después de repartir muchas cartas, el buen señor volvió a la oficina de correos, a unas cuatro cuadras de la casa de Lisa y allí se despidió de ella, recomendándole que —en cuanto parara de llover— regresara rápidamente junto a su mamá.

La lluvia caía ahora con más fuerza. Lisa se resguardó en un umbral, debajo de un toldo y esperó. Ya pasaría alguien que la llevaría bajo el paraguas...

Así fue. No habían transcurrido cinco minutos aún, cuando un señor morocho, con anteojos ahumados, pasó junto a ella, muy apurado.

Llevaba un paraguas verde y tenía cara simpática.

Lisa se decidió a llamarlo:

—¡Señor! ¡Señor!

El señor se detuvo a su lado y la observó con desconfianza, de arriba abajo.

—Señor... ¿puede llevarme debajo de su paraguas? —preguntó Lisa, con su vocecita de campanillas.

—Cómo no, nena —respondió por fin—. Mi paraguas es bastante amplio. Cabemos los dos perfectamente.

Lisa no se hizo repetir la invitación y enseguida se ubicó pegada al señor. Pronto vio —sorprendida— que, allí donde había un charquito, el señor lo pisaba con fuerza y reía feliz. A Lisa le encantaba... “Es la primera persona mayor que hace eso”, pensó.

Entonces tuvo ganas de charlar con él:

—Señor, ¿cómo se llama usted?

—Bertil —le contestó el señor, mientras saltaba —esta vez— sobre una baldosa floja.

—¿Puede decirme de qué trabaja?
—insistió Lisa, cada vez más interesada en conocerlo.

—De mono —le contestó seriamente, mientras la tomaba de la mano para cruzar.

—¿De mono? —recién entonces Lisa lo miró con atención: la cara del señor estaba completamente cubierta de un espeso pelo marrón...

Por debajo del largo piloto, Lisa notó que lo que ella suponía pantalones de lana, eran sus patas, también muy peludas.

—¡Qué suerte tengo! —gritó Lisa, contentísima—. ¡Es la primera vez que paseo con un mono bajo el paraguas!

El mono le dio un suave golpecito en el hombro, mirando nervioso a su alrededor:

—Shhh... nena; no hables tan alto que pueden oírte... No todos piensan como tú, ¿sabes? Yo trabajo de mono en el Jardín